

«Filosóficamente cristiana, económicamente marxista»: la vida de Carmen Garrido González

Enrique Antuña Gancedo*
Universidad de Oviedo

La de Carmen Garrido González es una historia de contrastes, y a la vez con unos hilos conductores muy claros que la hacen acreedora de unas páginas en la Historia con mayúscula. Efectivamente, la humildad y el desprendimiento personal que han acompañado durante décadas a Carmina Garrido —como la conocen casi todos aquellos con quienes ha compartido de un modo u otro su trayectoria—, y continúan vertebrando una actividad reivindicativa que se niega a alterar su ritmo, empapan su trayectoria vital para fundirla con la de los acontecimientos que le tocó —o se empeñó en que le tocara— vivir. Carmina suele decir que, como todos, es «hija de su época», y teniendo eso en mente no se puede evitar dar cierto aire poético a su nacimiento en el año 1934, a escasos quince días del desencadenamiento de la revolución en Asturias, por más que su Folgueras natal, un pequeño pueblo en el concejo occidental de Pravia, quedase a resguardo de aquellos hechos.

Lo cierto es que la época aplicó su doctrina hasta donde pudo, porque ya desde bien pronto la vida de Carmina estuvo marcada por ciertas singularidades. La infancia en Folgueras no transgredió demasiado las directrices vitales impuestas en general por



Carmen Garrido, en una fotografía reciente (Fuente: archivo personal de Carmen Garrido González).

la Asturias rural de los años treinta y primeros cuarenta, pero eso pronto cambió cuando, fallecido el cabeza de familia, la madre y la tía de Carmina se aplicaron en conseguir que todos los hermanos, independientemente de su sexo y orden de llegada, tuviesen la oportunidad de granjearse un futuro con la capacidad y esfuerzo de cada uno como único condicionante. En efecto, no era muy propio de los tiempos que una niña de familia campesina con un hermano mayor y varón tuviese la oportunidad de cursar estudios superiores. Y, sin embargo, gracias a grandes sacrificios familiares, los

*Es autor de *Compromiso inquebrantable: Carmen Garrido González, una vida de lucha*, Oviedo, KRK, 2018.

años centrales de la década de los cuarenta encontraron a Carmina, apenas asomada a la adolescencia, preparándose para incorporarse a la Escuela Superior de Comercio de Madrid. Un Madrid de claroscuros, en el que una se topaba un día con una concentración en demostración de adhesión a Franco en la Plaza de Oriente y, al siguiente, con que no dejaban subir al aula el primer día de clase porque había huelga.

La convergencia del contexto y de ese compromiso familiar con la educación serían los que terminarían llevando a Carmina, tras un traslado a Oviedo y una serie de primeros pasos laborales en una pequeña droguería, dando clases particulares a un puñado de niños y en los conocidos Almacenes Galán, a preparar unas oposiciones vistas como una de las mejores oportunidades para asegurar el futuro. Tras una primera experiencia fallida, Carmina tuvo la posibilidad de elegir entre incorporarse a Telefónica o a la empresa que acogería el resto de su vida laboral y su fogueado en la actividad sindical, la Empresa Nacional Siderúrgica, Sociedad Anónima, ENSIDESA, que se había instalado junto a la hasta entonces apacible villa de Avilés para hacerle saltar todas las costuras.

Así, cerca de tocar los cincuenta a su fin, Carmina pasó a formar parte de uno de los más ambiciosos proyectos del Instituto Nacional de Industria, que sería buque insignia de la política industrial del Estado franquista. Como efecto secundario de su misión de proveer al país del acero necesario para garantizar su expansión productiva, ENSIDESA multiplicó la población de Avilés con gentes atraídas desde todos los rincones de Asturias y buena parte de los del resto del país, e incluso de más allá. Se creó de esta manera un auténtico universo social al principio hegemónico por el desarraigo y la precariedad vividos por millares de trabajadores que por el momento carecían de la

estabilidad laboral y económica suficiente como para asentarse y traer con ellos a sus familias o formarlas en su nuevo entorno. Llegada en plena vorágine a un Avilés que se aproximaba a los 50.000 habitantes con que casi contaría en 1960 —sobrepasando apenas los 20.000 tan solo una década antes—, Carmina entró en contacto con una realidad que no la dejó indiferente, y que la acercó a personas que buscaban transformarla mediante una acción apoyada sobre presupuestos espirituales.

En este punto, la vida de Carmina se entrelaza decidida y decisivamente con la de unos movimientos católicos cuya importancia en la concienciación y curtido organizativo de futuros miembros de las principales estructuras políticas y sindicales antifranquistas de los años posteriores es imposible de desdeñar. Se suele recordar, de entre estas especializaciones, ante todo a la HOAC —Hermandad Obrera de Acción Católica— o a la JOC —Juventud Obrera Cristiana— Nuestra biografiada, quizá por tomarle una vez más el pelo a la norma, porque de hecho hoy en día no tiene demasiado claro el motivo, se unió a la mucho menos conocida JIC, Juventud Independiente Católica. En este contexto trabó relación con personas que llegarían a ser amistades cercanas y referentes en la adquisición de conciencia social y experiencia en su traslado a la praxis, como fue el caso del sacerdote José Luis Argüelles o de Francisco Medina Gestoso, verdadero eje de articulación del cristianismo de Carmina con el movimiento obrero.

Dentro de ENSIDESA, Carmina se incorporó pronto a una lucha cruenta y con varios frentes, la de mejorar las condiciones laborales de los trabajadores. Entre esos frentes se encontraba el género, estando las mujeres empleadas en la factoría en unas condiciones de proporcionalidad poco favorables con respecto a los hombres, y circunscritas sus posibilidades de promoción a los estre-



Carmen Garrido, en una reunión sindical de los organismos unitarios de ENSIDESA a final de la década de 1970 (Fuente: archivo personal de Carmen Garrido González).

chos márgenes de una serie muy limitada de puestos subalternos. La salubridad, en una fábrica cuyo proceso productivo incluía algunas fases especialmente peligrosas o nocivas para el ambiente, también dio pie a algunas de las luchas más duras y, a la postre, satisfactorias. En cuanto a la crudeza, vino dada ante todo por las dos grandes resistencias a enfrentar. La primera de ellas la ofrecía la dirección, cuyas inclinaciones se pueden deducir fácilmente de la condición pública de la empresa, así como de su importancia estratégica para el régimen vigente, y que contaba con una densa red de agentes que cubría eficazmente los amplios dominios de ENSIDESA.

Mucho más dura, si no en términos operativos —que también—, sí en otros que podríamos considerar de orden moral o incluso sentimental, era la resistencia de los propios trabajadores. En una empresa en torno a la cual se articulaba uno de los ejemplos más acabados de paternalismo industrial en época franquista, la construcción de conciencia y solidaridad de clase absorbió, no siempre

con resultados positivos, una parte muy importante de los esfuerzos de quienes iban forzando los cauces de representación ofrecidos por el sistema sindical oficial para socavar la fortaleza del Estado. Durante esos intensos años en liza, culminantes en su presencia dentro del jurado de empresa de ENSIDESA, Carmina hubo de asistir a grandes derrotas emanadas de la capacidad de la dirección para aprovechar su posición ventajosa y las fisuras en la unidad de la plantilla.

Fueron tiempos complicados, durante los cuales hubo que conciliar el trabajo con un compromiso enfrentado a circunstancias en ocasiones frustrantes, así como con la voluntad, siempre presente en Carmina, de desarrollar una formación continua que permitiera progresar laboralmente y, sobre todo, contar con la capacidad de participar en las negociaciones sindicales en igualdad de condiciones con respecto a los representantes de la empresa. Con esos objetivos en mente se retomaron en Oviedo, ya iniciada la década de los setenta, los estudios comenzados en Madrid años atrás. Tiempos

intensos, en los que el compromiso sociopolítico iba dando también frutos indeseados. Así un anónimo amenazante, en el que se insinuaban los posibles riesgos de mantener ciertas actitudes, o un somatén que compartió rutina diaria con nuestra biografiada durante algún tiempo. Carmina, en su línea, y por mucho que se le insista, pasa de puntillas por estos asuntos, no vaya a ser que se le quiera atribuir algún mérito por su labor durante aquellos años. La novela negra fue imposible por falta de material; no queda más remedio que conformarse con la biografía al uso.

En todo este tiempo, la evolución ideológica de Carmina, desde aquellas posiciones iniciales adscritas al cristianismo obrerista organizado hasta las que la acercaron al Partido Comunista y, sobre todo, a lo que terminaría siendo Comisiones Obreras, se produjo con una gran armonía. «Filosóficamente cristiana» y «económicamente marxista» continúa siendo su autodefinición ideológico-política. La afiliación a CCOO, no planteó problema alguno; era un paso lógico tras una larga identificación con la teoría y práctica de la organización sindical dentro de ENSIDESA. Más complejo resultó el acercamiento de Carmina al gran referente organizado del antifranquismo, y es que el respeto que sentía por el PCE, por paradójico que pueda parecer a priori, dilató su ingreso en él. Para ella, no era posible comparar los padecimientos propios con el sacrificio con que los miembros del Partido que la rodeaban habían forjado dolorosamente su militancia. De poco servía que compañeros cercanos, algunos buenos amigos, insistieran en tratar de convencerla de lo útil que sería su valía para la organización.

Solo con la creación de Izquierda Unida y la integración en ella del Partido, ayudada por la prejubilación a principios de los noventa, permitió Carmina que su dedicación sindical cediera algo de terreno a la política.

En una nueva singladura, sus dos legislaturas como concejal por aquella formación en el Ayuntamiento de su Avilés de acogida le dieron la oportunidad de trasladar sus inquietudes y compromiso a nuevos ámbitos, fuera del recinto fabril que los había acogido hasta entonces. Carmina estuvo presente, en primera línea de batalla, en las actividades políticas y movilizaciones populares en torno a la reforma del viejo Hospital de Caridad, así como del colegio de enseñanza especial San Cristóbal, los cuales mostraban unas deficiencias estructurales que comprometían seriamente la calidad de los servicios que ofrecían y la dignidad de sus usuarios. Esa actividad se mantuvo sin descuidarse en el proceso la actitud vigilante, y crítica cuando se consideró preciso, con respecto a la evolución del partido.

Casi como si quisiera hacerse digno de la vida que narra, el libro biográfico sobre Carmina Garrido ha seguido un camino intrincado hasta su publicación. Tuvo que superar la imposibilidad de la historiadora encargada originalmente del proyecto, Claudia Cabrero Blanco, para rematarlo, tras las muchas horas de entrevista que son su fuente principal. Aquellos esfuerzos iniciales, junto con los que protagonizaron durante todo el proceso las entidades editoras, la Fundación Juan Muñoz Zapico de CCOO de Asturias, el Archivo de Fuentes Orales para la Historia Social de Asturias —AFOHSA— y el Club Popular de Cultura «Llaranes», permitieron que la propuesta no quedara en nada. Pero si hubo algo decisivo a la hora de conseguir que esta obra viera finalmente la luz ello fue, desde luego, la implicación de la propia Carmen, cosa que tampoco fue demasiado fácil conseguir. La desconfianza ante cualquier cosa que huelga a homenaje personal sólo se pudo vencer convenciendo a la biografiada de que su historia era la de muchos más, y un capítulo fundamental en la de la lucha obrera de la Asturias de tiempos recientes.